

LA
JOVEN
QUE NO PODÍA
LEER



JOHN
HARDING

Nueva Inglaterra, década de 1890. Un hombre que se hace llamar doctor John Shepherd llega a un aislado manicomio de mujeres para trabajar como ayudante del propietario, el doctor Morgan. Shepherd lucha por ocultar sus secretos más oscuros, pero pronto descubre que estos abundan en el centro. ¿Quién es la mujer que recorre los pasillos por la noche? ¿Por qué lo odia la enfermera jefe? Y ¿por qué no le permiten visitar la última planta del hospital?

Sorprendido por la dureza con que Morgan trata a sus pacientes e intrigado por una de ellas, Jane Dove (una joven amnésica que adora los libros pero no sabe leer), Shepherd se embarca en un experimento para ayudarla. Su pasado le dará alcance mientras intenta resolver la misteriosa historia de Jane y ambos se convertirán en la tabla de salvación del otro.

Un apasionante relato de intriga criminal que, mediante una habilidosa vuelta de tuerca, homenaja las narraciones más inquietantes de clásicos como Edgar Allan Poe, Henry James o Charlotte Brönte, manteniendo, con firmeza y hasta la última página, toda la tensión narrativa.

Índice de contenido

Cubierta

La joven que no podía leer

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

Para los amantes de los libros de Brasil

1

–El doctor Morgan le espera en su despacho dentro de diez minutos. Yo misma vendré a buscarle, señor.

Le di las gracias, pero ella se quedó en la puerta con la mano en el pomo, mirándome como si esperara algo más.

–Recuerde: diez minutos, señor. Al doctor Morgan no le gusta que le hagan esperar. Es muy tiquismiquis con el tiempo.

–De acuerdo. Estaré a punto.

Me lanzó una última mirada cargada de recelo de la cabeza a los pies y en ese momento no pude evitar preguntarme lo que estaría viendo. Quizá el traje no me sentaba todo lo bien que yo creía. Me vi de pronto cerrando los dedos sobre los puños de las mangas de la chaqueta y tirando de ellos hacia abajo, consciente de que quizá eran demasiado cortos, hasta que reparé en que ella estaba en ese momento mirándolos, de modo que desistí.

–Gracias –dije, inyectando en mi respuesta lo que esperé fuera una nota de finalidad.

Había ejercido de señor en bastantes ocasiones como para saber cómo hacerlo, aunque también me había tocado asumir el papel de criado más de una vez. Ella se volvió de espaldas, aunque con la nariz en alto, y en ningún momento dando muestras de la humildad propia de una sirvienta que acaba de ser invitada a salir, y se marchó, cerrando tras de sí la puerta con un perentorio chasquido.

Eché una somera mirada a la habitación: una cama con una mesita de noche, un armario donde colgar la ropa, un destartalado sillón que parecía haber sobrevivido a más

de una pelea, un escritorio profusamente desgastado por el uso y una cómoda sobre la cual vi una jarra de agua con una palangana y un espejo que colgaba de la pared, justo encima. Todo ello había visto tiempos mejores. Aun así, era un lujo comparado con aquello a lo que últimamente había estado acostumbrado. Me acerqué a la única ventana, levanté del todo la persiana y miré fuera: mis ojos recorrieron unos agradables parterres de césped y alcancé a vislumbrar unas distantes vistas del río. Miré directamente abajo. Dos pisos y una caída en vertical. No había escapatoria alguna en el caso de que una persona tuviera que salir de allí apresuradamente.

Me sacudí de encima la chaqueta, aliviado de poder desprenderme de ella durante un rato y dándome cuenta, en cuanto me la quité, de que me iba un poco ajustada y me tiraba de la sisa, allí donde tenía la camisa empapada de sudor. La olisqueé y decidí que tenía que cambiármela antes de mi encuentro con Morgan. Saqué y releí la carta con su oferta de empleo. Luego levanté la maleta del suelo, donde la había depositado la criada, y la puse encima de la cama antes de volver a intentar abrir las cerraduras, aunque sin éxito. Miré en derredor en busca de algún implemento, quizá unas tijeras o una navaja, aunque no habría sabido decir por qué esperaba encontrar esas cosas en un dormitorio, sobre todo allí, donde seguramente existía la norma de no dejar esa suerte de cosas a la vista. Como no encontré nada, decidí que era inútil, tendría que conformarme con mi camisa.

Fui hasta la cómoda, vertí un poco de agua en la palangana y me refresqué la cara. Estaba fría como el hielo y metí en ella las muñecas para enfriarme la sangre. Me miré en el espejo y al instante comprendí fácilmente a qué se debía la actitud que la sirvienta había mostrado conmigo. El hombre que me miraba fijamente desde el espejo tenía una expresión feroz y atormentada, y cierto aire de desesperación. Intenté peinarme el pelo sobre la frente con los

dedos y lamenté no llevarlo más largo, porque no sirvió de nada.

Llamaron con suavidad a la puerta.

—Un momento —grité.

Volví a mirarme en el espejo, negué con la cabeza ante la inutilidad de todo y me arrepentí con todas mis fuerzas haber ido allí. Por supuesto, siempre podía huir, pero ni siquiera esa resultaría una alternativa directa. Una isla, por el amor de Dios. ¿En qué había estado pensando? Supongo que en un refugio, un lugar apartado y seguro, aunque también —y eso lo entendí entonces— un lugar del que fuera difícil salir con rapidez.

Llamaron nuevamente a la puerta, esta vez con golpes rápidos e impacientes.

—¡Ya va! —grité con un tono que pretendía ser despreocupado. Abrí la puerta y me encontré con la misma mujer de antes. Me miraba con una expresión que sugería sorpresa al ver que había invertido tanto tiempo para tan pobre logro.

Encontré a Morgan en su despacho, sentado delante de su escritorio, que estaba situado delante de una gran ventana que daba a los espaciosos parterres de césped del hospital. Enseguida comprendí por qué a alguien podía gustarle levantar la vista de lo que tenía entre manos para disfrutar de un panorama excelente como aquel, pero se me antojó cuanto menos peculiar que un hombre que debía de tener muchas visitas eligiera darles la espalda cuando estas entraban.

Me quedé junto a la puerta, mirando esa espalda, claramente incómodo. Morgan había oído cómo la criada anunciaba mi presencia y sabía que estaba allí. Se me ocurrió que esa debía de ser la función de la ubicación del escritorio: imponer cierta sensación de superioridad sobre las nuevas visitas. A fin de cuentas, el tipo era psiquiatra.

Transcurrió más de un minuto y a punto estuve de carraspear para recordarle mi presencia, aunque sé recono-

cer una pausa dramática cuando me cruzo con ella y sé también esperar a que me den la entrada antes de hablar cuando no me toca. De modo que no me moví de donde estaba, plenamente consciente de las gotas de sudor que me caían de los sobacos y que había empezado a preocuparme de que terminaran por empaparme la chaqueta. No sabía si disponía de otra de recambio. El silencio era absoluto, salvo por el eco ocasional de una puerta lejana golpeando descuidadamente y el pausado rasguño de la pluma del doctor, que seguía escribiendo en su silla. Decidí que contaría hasta cien y que luego, si él todavía no había hablado, yo mismo rompería el silencio.

Cuando había contado hasta ochenta y cuatro, Morgan dejó la pluma a un lado, se volvió hacia mí en la silla giratoria y se puso en pie de un brinco casi en el mismo instante.

—¡Ah, el doctor Shepherd, supongo! —Vino hacia mí con paso firme, me cogió la mano derecha y la estrechó dando muestras de un vigor sorprendente para un hombre gallardo, y con ello me refiero a un hombre a la vez bajo y escrupulosamente elegante: llevaba un pequeño bigote fino y ornamental, como uno de esos acicalados franceses, y parecía llevar peinados con exquisito cuidado cada uno de los canosos cabellos de la cabeza. Había dedicado mucho más tiempo a su aseo personal del tiempo y el modo que yo había tenido para hacerlo con el mío y me sentí avergonzado a la vista de tamaño contraste.

—Sí, señor.

Me vi de pronto sonriendo a pesar del nerviosismo que me embargaba ante la inminente prueba de selección, con los sobacos empapados y el lamentable estado de mi rostro. Imposible no hacerlo, pues él sonreía a su vez de oreja a oreja. Su alegre semblante me animó un poco. Estaba en claro contraste con el pesimismo que reinaba en el edificio.

Supuse que se refería a las vistas del exterior; así que, dedicando una mirada apreciativa desde la ventana, dije:

–Sin duda es una vista espléndida, señor.

–¿Vista? –Bajó los brazos y, por el modo en que le colgaron inertes sobre los costados, entendí que había cierta decepción en el gesto. Siguió entonces la dirección de mi mirada como si acabara de darse cuenta de que la ventana estaba allí y se volvió luego hacia mí—. ¿Vista? Nada comparable con la que teníamos cuando estábamos en Connecticut, y jamás la apreciamos.

No supe qué pensar, salvo que había llegado a un manicomio y que si las internas superaban en algún grado de locura a los médicos, o al menos al médico en jefe, debían de estar realmente chifladas.

–No me refería a la vista, hombre –prosiguió—. No está usted aquí para disfrutar de la vista. Me refiero a este lugar. ¿No le parece magnífico?

Me estremecí ante mi propia estupidez y me vi de pronto balbuceando de un modo que no hizo sino confirmar ese déficit de inteligencia.

–Si he de serle sincero, señor, acabo de llegar y todavía no he tenido oportunidad de echarle un vistazo al lugar.

Morgan no me escuchaba. Se había sacado un reloj del bolsillo del chaleco y lo miraba fijamente, negando con la cabeza y chasqueando impacientemente la lengua. Volvió a guardarse el reloj y alzó la vista.

–¿Cómo dice? ¿Que no ha echado un vistazo por ahí? Pues deje que le diga que le va a impresionar en cuanto lo haga. Máxima funcionalidad, señor. Contamos con las más modernas instalaciones para tratar a enfermas mentales que cualquier doctor podría desear. La Facultad de Medicina está muy bien, pero es en la práctica donde uno aprende los gajes del oficio. Y, créame, esta es una gran profesión para un joven que empieza. La psiquiatría es el futuro, lo que se impone... –Se calló de pronto y me miró

fijamente—. Santo cielo, hombre, ¿qué le ha ocurrido en la cabeza?

Me llevé la mano a la sien, pues mi inclinación natural era ir con ella cubierta. Ya tenía mi historia preparada. Siempre me ha parecido que la mentira que más probabilidades tiene de ser creída es la más extraordinaria.

—Tuve un accidente en la ciudad de camino hacia aquí, señor. Un desafortunado encuentro con un cabriolé.

Morgan siguió mirando el chichón y no pude evitar retocarme el pelo en un intento por ocultarlo. Al percatarse de mi vergüenza, bajó la vista.

—Pues ha tenido usted suerte de haber sufrido tan solo una leve contusión, la verdad. Podría haberse fracturado el cráneo. —Se rio entre dientes—. Esperemos que no le haya dañado el cerebro. Ya tenemos aquí demasiados cerebros dañados.

Regresó al escritorio y cogió una hoja de papel.

—En fin, he visto en su solicitud que posee usted un título excepcional por la Universidad de Columbus. Y este es el lugar ideal para adquirir la experiencia clínica que lo complete. Humm... —Apartó los ojos del papel y me miró socarronamente—. Ah, ya veo, veinticinco años. Le había imaginado mayor.

Fui presa de un repentino ataque de pánico. ¿Por qué no había pensado en mi edad? ¡Cómo había podido pasar por alto semejante estupidez! Aunque por lo menos los veinticinco entraban en los límites de lo posible. ¿Y si hubiera tenido cuarenta y cinco? ¿O sesenta y cinco? Habría estado en la calle antes de empezar. Improvisé una débil risilla típica de mí. Es muy útil ser capaz de reírnos cuando lo necesitamos, incluso cuando no estamos de humor para ello.

—Bueno, mi madre decía que cuando nací parecía ya un viejo, y supongo que nunca he tenido el don de parecer joven. Mi difunto padre era también así. Todo el mundo le echaba siempre diez años más de los que tenía.

Morgan arqueó una ceja y volvió a estudiar el papel que tenía en las manos.

–Veo que tiene usted también... ah... algunas opiniones interesantes sobre el tratamiento de la enfermedad mental. –Alzó la vista una vez más y clavó en mí una mirada expectante al tiempo que el provocador atisbo de una sonrisa asomaba a sus labios.

Sentí que la sangre se me agolpaba en las mejillas. El cardenal de la sien empezaba a palpitarme e imaginé que debía de tener un aspecto espantosamente lívido, como un trozo de carne cruda. Me puse a balbucear, pero las palabras murieron en mis labios. ¡Valiente estúpido! ¿Por qué no había previsto algún tipo de interrogatorio?

–¿Y bien?

Erguí la espalda y saqué pecho.

–Me alegra que se lo parezcan, señor –respondí.

–Estaba siendo irónico. ¡No era un elogio, hombre! –Dejó el papel encima del escritorio sin demasiados miramientos—. Aunque eso no significa nada. Perdone la franqueza, pero sus ideas están muy anticuadas. No tardaremos en quitárselas de la cabeza. Aquí hacemos las cosas desde la modernidad, fieles a los métodos científicos.

–Le aseguro que estoy dispuesto a aprender –respondí, y nos miramos durante un momento. Luego, como si de repente se hubiera acordado de algo, Morgan volvió a mirar su reloj.

–Santo cielo, ¿es esta hora? Vamos, hombre, no podemos pasarnos aquí el día cotorreando como un par de viejas. Nos esperan en el área de tratamientos.

Dicho esto, me adelantó con paso firme, abrió la puerta y salió antes de que pudiera entender lo que ocurría. El doctor se movía deprisa a pesar de su avanzada edad, correteando por el largo pasillo como un pequeño terrier tras una rata.

–Vamos, hombre, acompáñeme. ¡En marcha! –me gritó por encima del hombro—. ¡No hay tiempo que perder!

Salí al trote tras él, esforzándome por darle alcance sin llegar a correr.

—¿Puedo preguntar adónde vamos, señor?

Se detuvo y se volvió a mirarme.

—¿No se lo he dicho? ¿No? A hidroterapia, hombre. ¡A hidroterapia!

La palabra no significaba nada para mí. A lo más que llegué fue a pensar en la hidrofobia, obviamente por asociación entre las dos palabras debido al lugar donde estábamos. Le seguí por un auténtico laberinto de pasillos y pasadizos, todos ellos oscuros y deprimentes y con las paredes pintadas de un triste tono marrón rojizo, o lo que es lo mismo, el color de la sangre cuando se seca en la ropa. A continuación bajamos un tramo de escaleras, lo que me hizo entender que estábamos por debajo del nivel del suelo. Desde allí seguimos por un pasillo tenuemente iluminado que desembocaba en una puerta metálica a la que llamó con brusquedad, haciendo repiquetear los dedos contra el acero.

—¡O'Reilly! —gritó—. Vamos, abra. No tenemos todo el día.

Mientras esperábamos, me quedé helado al oír un ligero gemido, parecido quizá al de un animal que sufría. Tuve la impresión de que procedía de algún lugar muy lejano.

Se oyó el chirrido de un pestillo que alguien retiraba y entramos en una inmensa blancura que prácticamente me deslumbró en contraste con la penumbra del exterior. Parpadeé y vi que nos encontrábamos en un cuarto de baño enorme. Las paredes estaban cubiertas de baldosas blancas que reflejaban y multiplicaban la intensidad de la luz que proyectaban las lámparas de las paredes. Junto a uno de los muros había una docena de bañeras en fila, como las camas de un dormitorio. Una mujer con un uniforme de rayas —obviamente una cuidadora—, la misma que nos había abierto la puerta y que se había quedado de pie

junto a ella, manteniéndola abierta, la cerró a nuestra espalda usando una llave que colgaba de la cadena que llevaba sujeta al cinturón. Entendí que el gemido que había oído procedía del extremo más alejado de la sala, donde otras dos cuidadoras, vestidas de un modo similar a la primera, se cernían sobre la figura de una mujer que estaba sentada en el suelo entre las dos.

El doctor Morgan se dirigió con paso enérgico hacia la pared del fondo de la sala, donde había una hilera de ganchos. Se quitó la chaqueta y la colgó.

–Bien, vamos, hombre. Quítese la chaqueta –dijo sin contemplaciones–. No querrá que se le empape, ¿verdad?

Enseguida me acordé de que tenía los sobacos prácticamente empapados, pero no tuve más remedio que quitármela. Afortunadamente, Morgan no me miró, aunque cuando se volvió hacia las tres figuras que estaban en el extremo más remoto de la sala, olfateó el aire e hizo una mueca. Sentí que me sonrojaba de vergüenza hasta que vi que no me miraba y entendí que probablemente creía que el hedor provenía de algo que había en la sala.

Tras remangarse, el doctor se acercó con paso decidido a las dos cuidadoras y a la mujer que tenían a su cargo, repiqueteando con sus pequeños pies en el suelo de baldosas. Le seguí. Las cuidadoras intentaban levantar a la mujer, tirando cada una de un brazo. Al principio no alcancé a ver el rostro de la mujer que estaba sentada. Tenía la barbilla pegada al pecho y su pelo rubio, largo y sucio, le caía sobre la cara, cubriéndole totalmente los rasgos.

–¡Vamos, vamos! –las reprendió Morgan–. ¿Cree que tengo todo el día? Este es el doctor Shepherd, mi nuevo ayudante. Está aquí para asistir a una demostración de hidroterapia. Levántenla y empecemos.

El sonido de su voz pareció surtir un efecto mágico sobre la criatura acuclillada, que dejó de oponer resistencia a las cuidadoras y permitió que la pusieran de pie. La mu-